

Testigos de un acto histórico

La presentación del *Diccionario de términos médicos*

Gustavo A. Silva*

Decidimos viajar de Ginebra a Madrid para asistir a la presentación del *Diccionario de términos médicos* de la Real Academia Nacional de Medicina (RANM) en cuanto mi esposa, María Luisa Clark, colaboradora de la obra, recibió la invitación oficial. La participación de ella y nuestros vínculos de amistad y profesionales de larga data con Fernando Navarro, Fernando Pardos e Ignacio Navascués, miembros del equipo técnico, nos habían permitido seguir de cerca la marcha de los trabajos y éramos muy conscientes de la trascendencia del acto en que se iba a dar a conocer el fruto de una empresa histórica.

A lo largo de varias décadas de ejercer la traducción y redacción médicas he sido muy consciente de la enorme necesidad que nuestra lengua tenía de un buen diccionario de medicina. Y hete aquí que esa laguna estaba a punto de ser colmada y yo tenía la rara oportunidad de ser testigo del acontecimiento. Por tanto, tenía que estar allí y ser de los primeros en poner ojos y manos sobre la nueva obra.

Como es inevitable en estos menesteres, la elaboración del diccionario tardó varios años y sufrió retrasos y aplazamientos varios; hubo momentos en que la ansiedad e incluso el cansancio de algunos involucrados llegó a ser palpable. En diciembre de 2010 y febrero de este año, cuando conversé con los amigos antes mencionados en Madrid y Castellón de la Plana, percibí que por fin avistaban la meta.

Solo los directamente implicados saben cuánto trabajo costó hacer el diccionario. Puedo suponer que la labor fue ingente y que el proceso resultó muy complicado, pero sin duda me quedo corto. Una vez que transcurra un tiempo mínimo para tomar distancia y ver las cosas con perspectiva, espero que los protagonistas nos cuenten los pormenores de la empresa, pues el relato de esa experiencia merece un capítulo propio en la historia de la lexicografía en lengua española.

A pesar de la llegada reciente del otoño, el día señalado nos deparó un clima magnífico, casi estival; por la tarde había refrescado y la temperatura era muy agradable. Decidimos llegar temprano para encontrar asiento y tener tiempo de conversar con los amigos. De visitas anteriores conocíamos el edificio de la RANM, en la calle de Arrieta, construido a comienzos del siglo XX. Al entrar en el salón de actos me di cuenta de que era más pequeño de lo que yo recordaba. La concurrencia era numerosa y el recinto apenas dio abasto. Me encontré allí con colegas, como Diana Gibson y Pablo Mugüerza, ambos de Tremédica (Asociación Internacional de Traductores y Redactores de Medicina y Ciencias Afines), Juan Manuel Igea y los hermanos José y Antonio Regueiro.

Con las prisas nos dejamos la invitación oficial de la Academia en el hotel, pero por suerte los lugares estaban reservados para los colaboradores, y Carmen Remacha y

Cristina González, lexicógrafas de la RANM, nos acomodaron amablemente. (Por cierto, como yo no tocaba en la orquesta, tuve que colarme; por suerte, nadie vino a echarme de la silla.)

El salón de actos está decorado en un estilo decimonónico, con paredes enjalbegadas y un zócalo de mármol y otros elementos decorativos en verde. La alfombra roja, las butacas y sillas tapizadas en terciopelo del mismo color, y el castaño cálido de la caoba completaban el marco solemne que exigía el acto. La mesa de la presidencia al fondo, bajo el retrato de Felipe V, mostraba en un atril el diccionario; delante de la mesa, los 50 sillones de los académicos; y, en el último tercio del salón y el pequeño balcón, el público.



Foto 1. La mesa de la presidencia y los sillones de los académicos. (Fotografía cedida amablemente por la RANM.)



Foto 2. Los académicos en primer plano y al fondo, tras la valla y en el balcón, el público. (Fotografía cedida amablemente por la RANM.)

* Traductor de la OMS y socio de Tremédica, Ginebra (Suiza). medtrad@gmail.com.

El acto fue inaugurado por el presidente de la Real Academia Nacional de Medicina, Manuel Díaz-Rubio García, quien en su breve discurso, reproducido íntegramente en otra parte,² enumeró las características sobresalientes del diccionario.³ En ese momento, me entraron ganas de saltar la valla hasta la mesa de honor, coger el diccionario y ponerme a ojearlo, hojearlo, sopesarlo, palparlo, olerlo, admirar el diseño y la tipografía, y, en fin, hacer con él todas esas cosas raras que los amantes de los libros solemos hacer con ellos cuando nos atraen. Pero todo eso tendría que esperar hasta más tarde, cuando volviésemos al hotel. Antes, claro está, tendríamos que recoger el ejemplar que como colaboradora le correspondía a María Luisa.

Me volvió a la realidad la intervención del académico de número Antonio Campos —conocido nuestro desde los albores de MedTrad,⁴ grupo al que apoyó—, quien describía las circunstancias que habían propiciado la génesis del diccionario. Cuando mencionó a los impulsores de la idea, entre ellos el desaparecido doctor Antonio García Pérez, me vino a la mente el recuerdo del doctor Ángel Martín Municio, también fallecido; ambos fueron grandes aliados e impulsores de MedTrad y, en consecuencia, de Tremédica. Aunque el doctor Campos no lo dijo expresamente, el vínculo del movimiento medtradero y tremedita con el *Diccionario de términos médicos* es evidente.

Tocó entonces el turno a Hugo Brik, director general de la Editorial Médica Panamericana, quien se refirió a la publicación del diccionario como «el sueño del editor» y subrayó que su compañía había contribuido con todos los recursos a su alcance para hacer del diccionario una obra sobresaliente, en particular la versión electrónica, tan acorde con las necesidades del usuario actual. A cambio, reflexioné, su editorial incorporaba a su catálogo una obra extraordinaria que le ayudará a consolidar su posición en el mercado.⁵

Intervino asimismo José Manuel Blecua, director de la Real Academia Española y presidente del Instituto de España, quien destacó la enorme cantidad de observaciones al lema, a las definiciones, a las traducciones y a los usos incorrectos que incluye el diccionario. Hubo las consabidas expresiones de reconocimiento a las instituciones patrocinadoras: la Fundación Mutua Madrileña, la Fundación Ramón Areces y la Fundación RANM. Uno tras otro, los oradores coincidieron en que este es un diccionario fuera de serie que servirá lo mismo a los profesionales biosanitarios que a los periodistas, traductores y redactores médicos, así como al público en general. También coincidieron en un punto que me parece decisivo: la aparición del *Diccionario de términos médicos* no marca el final sino el principio de un largo camino. La planta lexicográfica totalmente nueva y en formato electrónico facilita la revisión y actualización constantes de la obra y sienta así las bases para hacer de este la fuente de referencia autorizada en su campo hoy y en el futuro cercano.

La verdad sea dicha, entre tantos *Ilmos.*, *Excmos.*, *señores dones* y *sus Excelencias* como había y se entrecruzaban en los discursos, yo hubiese preferido que al equipo técnico le hubiesen dado más relieve y público reconocimiento, pues fueron ellos a fin de cuentas quienes convirtieron la idea

en realidad; pero así son estas cosas académicas. De todas maneras, se mencionó por su nombre a algunos miembros del equipo (véase el recuadro).

Concluida la ceremonia, que empezó y terminó con exactitud helvética, se sirvió un vino de honor y pudimos entonces charlar con los amigos y conversar con otras personas. El rostro sonriente y relajado de los miembros del equipo técnico fue tal vez la mayor recompensa de haber asistido a esta cita con la historia. A ellos quiero dirigir desde aquí mis felicitaciones y agradecimiento por su extraordinario trabajo y la enorme aportación que han hecho a nuestra profesión y a la lengua española.



Foto 3. El equipo técnico del *Diccionario de términos médicos*. En la hilera de atrás, desde la izquierda: Fernando Pardos Martínez, Fernando Navarro González y Carmen Remacha Martínez. Al frente, en el mismo orden: Paloma Manzanal Sáez, Maite Sánchez Safont, Cristina V. González Sánchez y María Luisa Clark Morales. (Francisco Cortés debió marcharse pronto. No pudo asistir Ignacio Navascués Benloch.) (Fotografía cedida amablemente por la RANM.)

Equipo técnico del diccionario

Fernando Navarro González (coordinador)
Ignacio Navascués Benloch (responsable médico)
Fernando Pardos Martínez (responsable lexicográfico)
Cristina V. González Sánchez (lexicógrafa)
Carmen Remacha Martínez (lexicógrafa)
Paloma Manzanal Sáez (auxiliar lexicográfica)

Colaboradores

Maite Sánchez Safont (revisión editorial)
María Luisa Clark (equivalencias inglesas)
Francisco Cortés Gabaudan (etimología)
Ernesto Martín-Jacod
María Jesús del Sol Jaquotot
Elena de Terán Bleiberg
Damián Vázquez

Notas

1. La ceremonia se grabó en video en su totalidad, incluidos desde luego los discursos pronunciados. Puede verse en: <www.ranm.tv/index.php?mapa=webtv&accion=clip&id=108>.

2. En el sitio web de la Real Academia Nacional de Medicina puede consultarse una información abundante sobre el tema: <www.ranm.es/2011/1402-acto-de-presentacion-del-diccionario-de-terminos-medicos.html>. Video de la rueda de prensa: <www.ranm.tv/index.php?mapa=webtv&accion=clip&id=107>. Además, la RANM ha publicado un boletín monográfico muy completo sobre el *Diccionario de términos médicos*: <www.ranm.es/images/pdf/boletin/Boletin_Monog_Dicc.pdf>.
3. MedTrad es el cibergrupo informal de ayuda mutua entre traductores y redactores médicos fundado en 1999 y antecedente directo de Tremédica.
4. Los interesados en adquirir la obra pueden consultar el siguiente sitio web: <www.medicapanamericana.com/landings/Diccionario-de-terminos-medicos.aspx>.

Citoblasto: el griego como lengua de prestigio para los científicos alemanes

Francisco Cortés Gabaudan

Los científicos alemanes del siglo XIX tenían clara predilección por el griego a la hora de crear palabras, de ahí que a veces se produzca el fenómeno curioso de que calquen creaciones latinas al griego, con lo que lo dotan de nuevos significados e intentan adecuarlo a las necesidades del lenguaje científico en los siglos XIX y XX. Como comentamos en el «entremés» dedicado a «célula»,¹ Robert Hooke usó en 1665 el término inglés *cell*, de origen latino, para nombrar esa realidad a la que el microscopio, inventado pocos años antes, le había dado acceso. Durante casi 200 años fueron términos latinos los que se usaron para hablar de la célula, como *cella* o *cellula*. A pesar de ello se buscó un lexema griego para hablar de la célula y poder hacer compuestos a partir de él. Se encontró *kyto-*, a partir de *κῦτος* «recipiente», que intentaba reproducir por calco la metáfora subyacente en *cella* o *cellula*; gracias a ello se pudo hablar en griego de células en sentido biológico.

Pues bien, el primer neologismo en que se utilizó *kyto-* con el significado de ‘célula’ fue *Cytoblast*, palabra acuñada por el botánico alemán Matthias Jacob Schleiden (1804-1881) en 1838 (en el *Müller's Archiv* de ese año) con el significado etimológico de ‘germen de la célula’, a partir de los lexemas griegos *kyto-*, ya citado, y *blasto-* ‘germen’. El núcleo de la célula había sido descubierto en 1831 por el también botánico Robert Brown. Schleiden pensaba que lo que él denominaba *Cytoblast* era el núcleo, concebido como elemento formador de una nueva célula.²

Pero con su compuesto Schleiden no solo inauguró el fértil uso del lexema griego *kyto-* con el significado de ‘célula’; también le debemos el empleo del casi tan prolífico *blasto-*, del griego *βλαστός* ‘germen, retoño’, con el significado en griego científico de ‘forma celular inmadura’. En fin, que tuvo enorme éxito su propuesta terminológica e inauguró con una sola palabra un empleo especial de dos lexemas que tuvieron y tienen una descendencia muy abundante. Ambos lexemas, por cierto, adoptaron un significado nuevo desconocido en griego antiguo, propio de algo que podríamos denominar griego científico.

¿Por qué acudió Schleiden para su compuesto al griego y no usó el latín? Sencillamente, porque se consideraba en la época mucho más prestigioso el griego que el latín para crear neologismos y porque el griego se presta mucho mejor para hacer compuestos sin desfigurarse los lexemas que el latín.

Notas

1. *Panace@*, 9 (27): 92, <http://tremedica.org/panacea/IndiceGeneral/n27_entremeses-gabaudan2.pdf>.
2. Puede leerse el pensamiento de Schleiden sobre el particular libro de la época en John Lindley (1839): *An Introduction to Botany*. Londres: Longman, Brown, Green and Longmans, pp. 19 y ss.

© Francisco Cortés Gabaudan. <dicciomed.eusal.es>. Universidad de Salamanca

